

limbo

Núm. 29, 2009, pp. 153-158

ISSN: 0210-1602

Sin esperanza, con convencimiento: deambulando con Jorge Santayana

CARMEN GONZÁLEZ MARÍN

JACOBO MUÑOZ Y FRANCISCO JOSÉ MARTÍN (eds.): *El animal humano. Debate con Jorge Santayana*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, 293 pp.

Poner en las manos del lector este volumen colectivo acerca de Jorge Santayana, una figura tan excéntrica y tan atractiva al tiempo, es algo más que contribuir eficazmente a la difusión de una obra que, por razones muy complicadas de resumir en unas pocas palabras, ha estado fuera del canon de los estudios de filosofía, no solo de filosofía española, y me temo sigue estándolo. En realidad, es obligarnos a dirigir la mirada hacia un modo de pensar, hacia una concepción de la filosofía, de la labor intelectual y de la vida tan extemporánea, tan poco al uso que solo por este motivo ya valdría la pena la tarea. Santayana es anómalo, un filósofo al que ofendía el mundo intelectual de su época, y en suma una suerte de *renunciante* —otros también lo fueron, Nietzsche, y notoriamente Wittgenstein—, para quien la vida de profesor no es precisamente el mejor sustento de la vida del espíritu, lo que debería aportar el significado o el sentido al pensamiento. Y lo es, como él dejó escrito porque prefirió ser un visitante que observa el contenido del *zoo* mental a ser uno de los animales.

El lector puede quizá llegar a la conclusión de que, a fin de cuentas, Santayana fue un excéntrico, un maniático, alguien que al alejarse ostensiblemente de las pretensiones académicas, de esas tres

trampas que sofocan a la filosofía —“la iglesia, el lecho conyugal y el sillón de profesor” — de alguna manera se ganó la ausencia en cualquier canon. Sin duda, sería un error concluir que de Santayana interesa esencialmente ese modo de ser anecdótico. Sin embargo, ni es tan anecdótico ni deja de ser verdad que, en el fondo, de Santayana interesa especialmente Santayana. En otras palabras, su aportación es *sui generis*, como *sui generis* ha sido la aportación de quienes han nadado contracorriente, por más que a la postre el río los haya engolfado, y precisamente esa peculiaridad de *rara avis* constituye, a mi juicio, la pedagogía para nuestros tiempos. Por ello, parece muy acertado que el presente volumen lleve por subtítulo “Debate con Jorge Santayana”. Porque de eso se trata. Los 13 capítulos de que consta *El animal humano* no sólo constituyen excelentes exposiciones de los rasgos más característicos de la figura y la obra de Santayana, sino que también desempeñan la función de un performativo, es decir, plantean los términos de un debate. Lo que ocurre, y eso es parte de su mérito, es que el debate se realiza quizá con los lectores, con quienes no han reconocido la potencia y el valor de Santayana, y se debate con él, a su lado, frente a nosotros.

El libro está dividido en tres partes realmente complementarias: “El filósofo”, “El poeta” y “El español americano”. Cada una de ellas nos confronta con aspectos de la obra de Santayana o de su figura que son necesarios para tratar de comprender su relevancia y su significado en nuestra tradición filosófica.

La *dispositio* del volumen, acertadamente a mi juicio, lleva al lector a fijarse inicialmente en las líneas maestras de la filosofía del autor. Se abre el periplo con el texto de Ignacio Izuzquiza, en el cual se nos presenta el modo en que una manera propia, *maniática*, enigmática, secreta, orienta el trabajo de Santayana, en un sentido ciertamente alejado de los modos en boga en su propio momento histórico —y en mayor medida quizá en el nuestro—. Es destacable el uso que ya el autor nos regalara anteriormente, de la noción de pátina cuyos rasgos “dominan” la obra del filósofo. Ramón del Castillo nos dibuja el retrato de un Santayana ironista, una figura intelectual

y moralmente *deambulante* (recordemos que uno de sus poemas comenzaba con el verso “Son dulces los días en que deambulamos sin esperanza...”), cuya *forma de vida* no puede ser ni experiencial, ni política ni moralmente la de un exiliado, y cuyo peligro es, precisamente por el alejamiento, el engreimiento, eso contra lo que se suponía había de luchar. Por su parte Ángel Faerna muestra su curiosa capacidad para hacer del escepticismo y la fe animal no los dos extremos de una oposición, sino los dos elementos de una reconciliación —quizá la que de facto todos los escépticos han vivido—, confrontando su posición con otra característica de la filosofía del siglo xx, la de Wittgenstein, frente a cuyo quietismo, Santayana sustenta nuestra propia sonrisa irónica ante la filosofía. Santayana es un naturalista, pero el suyo es un *naturalismo natural*, nacido de la experiencia cotidiana y no del argumento diría quien lee “Breve historia de mis opiniones”, en *Diálogos en el limbo*. Pero Eugenio Moya elabora otra tesis: El naturalismo es fruto de “los trasvases” de dos concepciones irreconciliables, “una concepción hermenéutica del conocimiento” y “una concepción naturalizada de la mente.” También Antonio Lastra centra su trabajo en el naturalismo y en las lecturas paralelas y distantes de Lucrecio, realizadas por Santayana y Leo Strauss; el primero con sus preferencias por la poesía y la imaginación, el segundo por la política y la religión. Se puede decir que Santayana adopta el catolicismo, descreído pero severamente opuesto al protestantismo, y que de algún modo es su forma de integrarse en una tradición que no es ciertamente el terreno de la lengua que usa. Germán Cano nos acerca al desarraigo de un aristócrata intelectual, cuyo diagnóstico de los males de un mundo desmoronado aludía al “subjetivismo”, al “egotismo” y la “presunción mental”, hijos precisamente de la tradición reformista. La medicina para intentar una cura, sólo podían ser veneración y risa. La parte primera se cierra con el texto de Manuel Garrido, que nos acerca a la aparente paradoja de un materialista que se ocupa del espíritu, y a la deuda contraída por el filósofo con Schopenhauer. Es la ciertamente paradójica manera de interpretar la diferencia entre *pistis* y *gnosis* lo que mues-

tra la desesperación del naturalista: se apela a la fe como una noción apropiada en el ámbito de la filosofía natural. Y al conocimiento en el terreno religioso. No es extraño que Santayana sea tan antipático a quienes sostienen un credo materialista como a sus contrincantes.

Pero Santayana es sobre todo un filósofo cuyas raíces meditativas son poéticas, tal como señalan los trabajos de Jacobo Muñoz y de Francisco José Martín —en eso realmente se diría sigue una línea muy española— la que Valente denominara poesía meditativa, que en el fondo es metafísica aventajada, y que tiene en la figura de Luis Cernuda un claro representante al que alude Jacobo Muñoz. Santayana señalaba que la poesía tiene como función “reparar el material de la experiencia”, y subrayaba su capacidad de constructora de ideales, que nacen de las ruinas de la convención. Santayana no estaba muy lejos de la tradición romántica, de Shelley o de Wordsworth, pero lo cierto es que como señala Francisco José Martín, de algún modo su obra queda vertebrada por el aliento poético. Y si la poesía vertebra toda su obra filosófica “en tanto que vida filosóficamente vivida”, es en un sentido muy profundo: el filósofo genuino —*sui generis*— en el fondo siempre es un poeta, siempre su iluminación del mundo arranca del mismo lugar que la iluminación poética. Quizá, sugiera F. J. Martín, esa obra lo constituye como “el poeta de la nueva visión” que se anuncia en *Tres poetas filósofos*.

La tercera parte del libro, “El español americano”, por fin, sitúa la figura de Santayana. Juan Navarro de San Pío lo enfrenta a Santayana con otra figura de la filosofía española. Santayana y Ortega aparecen unidos —y alejados a la vez— por una forma de vida que es la única “patria posible” para el primero —el mundo era su *anfitrión*, dejó escrito— y un “destierro” para el segundo. Paralelamente las metáforas del observador y del espectador, y la idea del paisaje vertebran dos modos paralelos y singulares de estar y hacer filosofía. Para Graziella Fantini Santayana es la figura que falta en el fin de siglo español. La autora hace hincapié en que, como Canetti en otro sentido, es determinante la manera en que se *vive* la lengua, un español, cuyo *locus standi* permanece inamoviblemente local, que se expresa

en una lengua extraña. Para cerrar esta tercera parte del libro, Daniel Moreno nos ofrece una fundamental labor de síntesis en torno a la recepción de Santayana y sus obras en castellano, y de las paradojas de la sociología de la filosofía se diría. Se trata de una aportación imprescindible para los estudiosos que traten de entrar en contacto con el filósofo. Finalmente, José Beltrán cierra el volumen con una *hiperlímica* conversación virtual con el filósofo, en la cual se recogen en cierto modo muchas de las líneas fundamentales de lectura en torno a la obra y la figura del filósofo que habíamos visto antes. Pero el Internauta que interroga a Santayana no deja de indagar acerca de las posiciones del filósofo ante las novedades de nuestros días; y hace responder a Santayana que las autoridades académicas de los finales del XIX y comienzos del XX veían la universidad solo como un medio, cuyo fin era “el servicio en el mundo de los negocios.”

De modo que el volumen se cierra dejando en el lector la impresión de conocer un poco mejor a este poeta filósofo, que en el día de hoy tiene más que enseñar que en ningún otro momento probablemente. Se diría que, de algún modo, el núcleo de la obra de Santayana es su siempre reiterada condición de extranjería. Eso explicaría vagamente la distorsión de su recepción en el seno de la tradición española, y su ausencia del canon de la filosofía contemporánea. Pero esa distorsión solo es la percepción reactiva de la *différance* que señala la distancia entre una lengua de adopción y la lengua materna. Las situaciones del hablante extranjero y del hablante nativo presentan una asimetría muy peculiar, sobre todo porque juega a favor del extranjero. Quien habla su lengua materna puede expresar lo que quiere decir, y el que la ha aprendido como una lengua extranjera puede comprender en su exactitud lo que el otro expresa, mientras él, el extranjero, guarda un resto de opacidad. Santayana es extranjero en una y otra lengua, y ello le proporciona todas las ventajas frente a sus lectores. La lengua inglesa lo integra en una tradición que no reconoce como suya, mientras su sustrato intelectual y sentimental lo extrañan de ella, pero una y otro lo resguardan de una percepción no oblicua. Y paralelamente hay siempre un resto tras el intento de

atrapar en las categorías al uso una obra hasta cierto punto indómita. Eso es al menos lo que el lector podría comenzar a extraer de este libro, que, ciertamente, muy honesta y atinadamente incita a seguir debatiendo no solo con Jorge Santayana, sino también con quienes han escrito acerca de él. Es gratificante que en el juego de espejos en que a la postre consiste el debate, sobre todo con los muertos, se alcance a ser “francamente humano”, esto es, a “contentarse con vivir en la mente.”

Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación

Universidad Carlos III de Madrid

c/ Madrid, 133, 28903 Getafe (Madrid)

E-mail: gmarin@hum.uc3m.es